¡CON EL DEDO EN EL CIELO!

Padre Javier Leoz

En este segundo Domingo de la Pascua, cuando se sostienen en el aire los cantos y el gozo del Aleluya, dos nuevos santos –Juan XXIII y Juan Pablo II- suben a los altares. Los dos, en la tierra, se fiaron de Cristo. Como Tomás, los dos, exclamaron "DIOS MÍO Y SEÑOR MÍO" y, a los dos, la Iglesia los proclama Santos para que, desde el cielo nos ayuden a descubrir a Cristo sin exigencias hacia Él y sin pruebas de su existencia. Hoy, el costado de Cristo, se nos presenta más claramente cuando dos personajes de nuestro tiempo, que fecundaron a la Iglesia con aires nuevos (Juan XXIII y JUAN PABLO II) son iconos de bondad y de perseverancia, de vida y de resurrección, de entrega y de generosidad. Hoy, los dos, estarán viendo cara a cara a ese Cristo en el cual nosotros creemos y celebramos en esta alegría pascual: ¡HA RESUCITADO! Sólo desde la Resurrección de Cristo, los dos nuevos santos, entendieron toda su vida.

1.- A los dos, Juan XXIII y JUAN PABLO II, el encuentro personal con Cristo –como a Tomás- les cambió la vida. Y los dos, como sacerdotes, obispos y Papas después, tuvieron un único afán y cometido: presentar a la Iglesia como pregonera de la alegría de la Pascua.

--Los dos, con sus peculiares personalidades pero con un mismo fondo, contemplaron los acontecimientos de la historia de la humanidad y la quisieron penetrar con la luz de la Verdad que es Cristo. En Él, y desde Él, colocaron las dificultades, anhelos y esperanzas de la Iglesia. Ante un mundo que exige racionalidad, pruebas, eficacia y se queda en lo superficial, Juan XXIII y Juan Pablo II, con la bondad uno y la valentía otro, recordaron a los contemporáneos que Dios no se casa con nadie. Que seguir a Jesús no es edulcorar la fe. Que ser fiel a la Iglesia no conlleva mostrar en carne viva a Aquel que predicamos.

--A los dos, movidos por un profundo amor a Cristo y a la Iglesia, les une el testimonio –como a Tomás- de que Jesús es Alguien vivo, operativo y presente en el ámbito de nuestras vidas personales. Si a Tomás le conmovió el costado abierto de Cristo, los agujeros de los clavos en pies y manos, a los dos Papas les sedujo desde tiempos atrás un Jesús que les llamó a ser sacerdotes y heraldos de su reino. Lo demás vendría por añadidura y por exigencias del Espíritu Santo.

2.- Ante una realidad que intenta hilvanar todo, con el hilo de la apariencia, este segundo domingo de la Pascua nos ayuda a fiarnos de Dios sin condiciones. La Iglesia no está llamada a demostrar nada. En todo caso, la Iglesia, como depositaria de la fe de los apóstoles, sabe perfectamente que no le faltarán detractores o muros infranqueables a sus fuerzas y posibilidades humanas. Pero, también es verdad, que la Iglesia sabe que no es mayor que el Maestro y que, por lo tanto ese Maestro, no le evitará problemas pero le dará fuerzas para soportarlos y ser ante el mundo un recordatorio permanente de que Dios existe.

Llama la atención, en una encuesta realizada esta semana pasada, como 6 de cada 10 ciudadanos de Europa (excepto en Dinamarca y España) consideran que la Religión es un bien necesario. Algo tendremos que hacer para que, ese porcentaje que no lo ve así (entre ellos España) sientan que la Iglesia –lejos de ser sólo institución- es un canal válido e imprescindible para llevarnos a un encuentro real y fuerte con el Resucitado.

3.- Que los dos nuevos Papas Santos, Juan XXIII y Juan Pablo II, nos ayuden a dar con esa clave que posibilite abrir los corazones cerrados, clarificar las mentes ofuscadas por el sensacionalismo, calmar los nervios de aquellos a los cuales la Iglesia molesta tanto o impregnar de interés por lo divino a toda esa masa que piensa que, vivir sin Dios, es mejor y más saludable.

Juan XXIII y Juan Pablo II…vosotros que estáis tocando con vuestra mano y con vuestros dedos el rostro de Cristo Resucitado, no olvidéis a esta Iglesia que ama con locura a su Señor pero necesitada siempre de conversión, luz, paz y valentía para hacerlo presente en este mundo. Así sea.

4.- DOS MANOS EN EL COSTADO DE CRISTO: JUAN XXIII Y JUAN PABLO SEGUNDO

Hoy, desde la bondad uno y desde su ser misionero otro,

estarán proclamando lo que hicieron verdad con sus vidas:

¡EL SEÑOR HA RESUCITADO!

Como a Tomás, también a ellos,

el Señor se les ha aparecido en la Octava de la Pascua

y, sin pretenderlo ni necesitarlo,

les dice que –su Iglesia- que une y ata en la tierra

los proclama Santos entre todos los Santos.

¡Gracias, oh Señor! ¡Gracias, Iglesia militante!

Porque, sus manos, que bendijeron y perdonaron

Porque, sus manos, que indicaron y señalaron

Porque, sus, que abrazaron y amaron

recogen nuestras oraciones y nuestros deseos

dejándolo todo a tus pies, Creador que habitas, en el cielo

¡A TI, SEÑOR, GLORIA Y ALABANZA!

Manos quisiéramos, oh Señor, de Juan XXIII
para presentar la bondad como distintivo de la Iglesia
Manos anhelamos, oh Jesús, de Juan Pablo II
para ser valientes y decididos en nuestra entrega
Manos necesitamos, oh Resucitado, de Juan XXIII
para abrir ventanas por las que entre aire fresco
Manos soñamos, oh costado abierto, de Juan Pablo II
para no doblegarnos y permanecer fieles hasta el final.

¡A TI, SEÑOR, CON ELLOS GLORIA Y ALABANZA!

Dos manos, de Juan XXIII y Juan Pablo II,
que nos acompañan desde el costado abierto de Cristo.
Porque, hoy más que nunca, ellos así lo están viviendo
Porque, es Pascua y es cierto,
que también nosotros lo vemos desde la distancia
y, sabemos, que Cristo nunca engaña.
Dos manos, que desde el corazón de la cristiandad,
nos señalaron que Jesús murió y resucitó
Dos manos que, bajo las bóvedas del cielo,
nos recordaron que Cristo es Camino, Verdad y Vida
Dos manos que, con sonrisas y fuerza,
nos alertaron del peligro de vivir sin Dios
Dos manos, Juan XXIII y Juan Pablo II,
que acogen la plegaria de toda la Iglesia,

de todos los cristianos, de todos los hombres

y mujeres de nuestro tiempo que dicen hoy y mañana:

¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!